

## El desafío del futuro

Cubiertas todas sus necesidades materiales, el ser humano del siglo XXI irá en pos de la utopía. Su meta será la mente global y desarrollará un proyecto espiritual que lo integre con su planeta y con el resto del Universo.

El gran reto será la comunicación directa de mente a mente. Se podrá tener la memoria y los recuerdos de los demás y saber lo que está pensando, pero sólo cuando se desee, pues la elevación moral alejará de la curiosidad malsana y no inclinará a invadir la intimidad psíquica de los otros, sino con objetivos altruistas y generosos.

Algunos científicos imaginan que se dominará una técnica muy parecida a lo que hoy se conoce como telepatía, gracias a un mecanismo implantado en el cuerpo y unido al sistema nervioso, o sintonizado al cerebro con determinada longitud de onda, que podrá recibir y enviar mensajes mentales a voluntad.

Algunos opinan que los implantes surtirían un efecto similar al que producen técnicas mentales como la hipnosis, capaces de introducir en la mente recuerdos absolutamente falsos, que cuando el paciente despierta siguen estando presentes en su memoria, hasta el punto de creerlos reales. Sería un adminículo, posiblemente implantado en el interior del organismo, gracias a la miniaturización; y sería imprescindible para el ser humano del futuro, pues sin él, la humanidad no podría evolucionar, teniendo en cuenta la enorme cantidad de conocimientos que deberá asimilar.

Sin embargo, otros creen que esta facultad se logrará por el desarrollo cerebral en el ejercicio de los fenómenos extrasensoriales. Es posible, que las mutaciones sufridas irán modificando la percepción que el ser humano tendrá de su entorno. Se conocerán los códigos electroquímicos mediante los cuales las imágenes son convertidas en sensaciones. Se podría devolver la visión, aunque no se tuvieran ojos, y la audición, mediante el implante de bio-chips.

Se podría bucear en la memoria genética de la célula hasta recomponer la historia del ser humano, e incluso de todos los seres vivos del planeta. El biólogo Rupert Sheldrake habla de campos morfogenéticos o M, que de momento, no son mensurables, pero de hallarse, servirían para recomponer la historia genética y evolutiva de una especie, es decir, todos los recuerdos de la totalidad de los seres vivos que han formado parte de la especie.

La idea es más ambiciosa. El envío de mensajes electrónicos con un contenido de información semejante al que ahora transmitimos por un teléfono, es sólo el primer paso. Se podrá recibir y enviar mensajes a los cerebros, que contengan todos los pensamientos, emociones y asociaciones fragmentarias. Es lo que actualmente se conoce como telepatía, aunque aún no se puede imaginar como podría recibirse este aluvión de información química en un cerebro.

A la postre se trataría de compartir la personalidad de otro, y eso significaría comprenderlo en su totalidad. La relación entre las personas tendría que cambiar necesariamente, y devengaríamos en seres cuasi espirituales, con un grado de aceptación de los demás, propio de la santidad.

Se habrá alcanzado la mente global que actualmente predicán los justos, tanto científicos como santones. La humanidad habrá mutado para entonces, y se habrá deshecho de la penosa carga corporal, con su vejez y enfermedades auestas, que soporta. La concepción de un ser humano inmaterial, es decir, invisible a los ojos orgánicos, ha sido seriamente desarrollada por matemáticos como Rudy Rucker y prospectivistas como Arthur C. Clarke.

El secreto estaría en la cuarta dimensión, ese lugar fantástico en el que radicaría la clave de la invisibilidad y la interpenetración de la materia. Un objeto que pueda moverse en esa dimensión, será necesariamente invisible desde nuestro mundo tridimensional, excepto en el lugar donde nuestro espacio sea interpretado por el suyo.

Para hacernos una idea imaginemos cómo nos verían a nosotros los supuestos habitantes de Planilandia, un mundo en dos dimensiones, si nosotros pudiéramos acceder a cualquier punto de ese espacio desde una tercera dimensión. Clarke asegura que esa cuarta dimensión podríamos crearla artificialmente tan sólo con cruzar el espacio, lo que sucede cada vez que generamos un campo eléctrico y magnético.

Tal vez, a finales del siglo XXI, no hayamos alcanzado un grado tan evolucionado de desarrollo espiritual, y todavía nos tengamos que contentar con echar mano de la antigua tecnología, como complemento de un organismo lleno de imperfecciones. Si la humanidad decide continuar con la expansión tecnológica en lugar de espiritual, se verán auténticos prodigios de ingeniería espacial.

El siglo XXI estará dominado por tres áreas del conocimiento científico todavía poco exploradas: la biología molecular, la neurofisiología, es decir, las complejas redes de procesamiento de la información y de los cerebros, y la física espacial.

En el avance por el espacio, es inevitable que nos encontremos con otras civilizaciones galácticas; pues el principio antrópico, según el cual todo el Universo está diseñado en función del ser humano, no es aceptado por muchos científicos, que consideran la Tierra como uno de los muchos mundos poblados.

La mayoría de los estudios de prospectiva sitúan en las últimas décadas del siglo XXI, el encuentro con alienígenas, y ello significará la transformación del planeta.

Tal vez muchos años antes, logremos tomar contacto con otras especies no humanas, pero terrestres, como el delfín; pues se sabe de su extraordinaria inteligencia, y las investigaciones están muy cerca de unos conatos de entendimiento.

Posiblemente, en la era de las utopías, cuando se haya conseguido alcanzar un estado mental holístico, estaremos en comunicación absoluta con animales, peces, plantas e incluso con el planeta Gaia. Entonces, el ser humano habrá trascendido su condición de especie para convertirse en un auténtico ser galáctico.

Es muy difícil imaginar los conocimientos que habrá alcanzado la Humanidad hacia el final del siglo XXI, pero indudablemente, dependerá de sí misma.

Sin embargo, por las tendencias científicas actuales se pueden prever aquellos misterios que se resolverán en estos cien años: la teoría del campo unificado, el esclarecimiento del enigma de la materia oscura, la reproducción en la Tierra de los hornos nucleares de las estrellas.

Es posible que se pueda comprobar que el Universo en su conjunto, es un proyecto cósmico que se auto-organiza y se marca sus propios fines.

La visión que se obtendrá de él, será radicalmente distinta de la actual. Según el renombrado físico teórico Paul Davies, "frente al estado presente de la física, es legítimo considerar que se puedan encontrar extensiones o modificaciones de las leyes establecidas, que incorporen a un nivel fundamental la capacidad de la materia y de la energía a auto-organizarse por sí misma".

La gran mayoría de los científicos en el siglo XX ha mantenido que todos los fenómenos físicos se explican por el comportamiento mecánico de cada uno de sus elementos constituyentes, que el Universo se comporta de acuerdo con leyes reduccionistas, en base al estudio de casos ideales y sencillos, prácticamente inexistentes en el mundo real.

Los científicos de fines de siglo XXI posiblemente no pensarán así. "El todo es mayor que la suma de sus partes", dirán, "cualquier acontecimiento está relacionado con todos los demás"; "el modelo del Universo que tenían en el siglo XX no era más que un caso muy particular del verdadero, más complejo y creativo".

Ylya Prigogini, premio Nobel de Química ha propuesto una modificación de las leyes microscópicas. Pretende que el estudio debería centrarse en los problemas de la biología y la química, para lograr entender la complejidad de la naturaleza y descifrar así, como a partir del caos, se generan las estructuras, y el orden. Desde este punto de vista el Universo adquiere un abordaje innovador y anti-reduccionista, aunque recuerda las hipótesis de Paracelso. También cree que se probará que el Cosmos tiene "voluntad propia", al menos en determinados períodos evolutivos.

Brillantes físicos auguran un espléndido siglo XXI, abierto a la cosmología cuántica, nueva ciencia que aplica la mecánica cuántica al Universo como un todo. Esta poderosa herramienta científica, es posible que contribuya a explicar la creación del mundo a partir de la nada, el misterio de la materia oscura, el problema de la constante cosmológica, los atajos en la dimensión espacio-tiempo y la comunicación con universos paralelos.

En definitiva, la humanidad se acercará hacia la comprensión de sí misma, y a la finalidad de su existencia.